
EXPERIENCIA PERSONAL EN EL SISTEMA EDUCATIVO

*Juan Benito Pascual Francisco**

El caso particular de las condiciones en que se encuentra la educación en las comunidades indígenas, es deplorable y poco funcional, esto se debe a múltiples factores y a la interacción de dos “mundos” que resultan a veces hasta antagónicos. Estos “mundos” están relacionados con el concepto de cultura (visto desde el punto de vista étnico), y el concepto de sociedad, desde el punto de vista de un sistema globalizado.

Por tanto, el enorme reto de los profesores es enseñar al alumno a caminar entre esos dos “mundos”, a lograr que el alumno se interese por el conocimiento y la ciencia.

El éxito del profesor para conseguir esta tarea depende de la relación que se establezca entre ambos, pero principalmente su interés en alcanzarla. Lo que se relata a continuación es mi experiencia educativa dentro de esta sociedad, desde el nivel primaria hasta el posgrado.

*Sección de Estudios de Posgrado e Investigación, ESIME-Zacatenco, Instituto Politécnico Nacional.

MI EXPERIENCIA

Nací en un campamento de indígenas refugiados de la guerra civil que se desató en Guatemala en los años ochenta del siglo XX. Perteneczo a la tercera o cuarta generación que nació en esta localidad, por lo que me tocó vivir en mi niñez el proceso evolutivo de campamento a colonia, lo que hoy se conoce como La Gloria, que ahora es un poblado que pertenece al municipio de La Trinitaria, Chiapas.

Durante los primeros años de La Gloria, cuando aún era campamento, el poblado se reunió para elegir entre sus habitantes a un grupo de personas que contaban con conocimientos básicos y que podrían enseñar a los niños. A este grupo de personas se les conoció como promotores de educación, aunque para nosotros, los niños, eran los maestros. Ciertamente, ellos no contaban con estudios superiores, eran personas que en Guatemala recibieron cierta educación a nivel primaria; sin embargo, gracias al apoyo de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (Comar) y a una fuerte convicción de servicio lograron establecer una escuela a la que se le conoció como OLOFPALME. En un inicio las clases se impartían bajo árboles, posteriormente en aulas con paredes de caña y techos de cartón, y luego en salones con paredes de madera y techos de lámina galvanizada. Mis salones, desde preescolar hasta tercer grado, fueron estos últimos.

Ya que todos los niños hablan la lengua materna (el kanjobal) para comunicarse, hubo la necesidad de poner empeño para que aprendiéramos a hablar el español; por tal motivo, aunque los maestros también eran indígenas, las clases se impartían en español. Sin embargo, el sistema de enseñanza contaba con una ventaja muy poderosa: el profesor tenía la facilidad de traducir las palabras que los niños no entendían, y los temas que no se comprendían fácilmente eran explicados en kanjobal. Esto permitía transportar un contexto desde la forma de pensar en español a nuestra lengua materna, es decir, poder entender un tema tanto en español como en kanjobal.

Bajo este sistema de enseñanza se lograba grandes avances observables ya que en el primer grado todos los niños aprendían a leer y a escribir. Era fácilmente visible las habilidades de los maestros en enseñar materias como matemáticas, español y ciencias sociales, y algunas deficiencias en materias como las ciencias naturales. Sin embargo, lo que nos enseñaban se podría considerar de buen nivel.

También cabe recordar que el sistema educativo era en cierta forma algo rudo, ya que no se permitía el mínimo desorden por parte de los alumnos. Cualquier infracción era castigada severamente. Estaba estrictamente prohibido platicar (incluso susurrar) dentro del salón de clases mientras el maestro hablaba; esto bastaba para recibir diez reglazos en la palma de las manos. Dicho castigo era un acuerdo entre padres de familia, por lo que no se podría considerar como un delito o algo parecido. Por otra parte, las diversiones eran muy variadas, gratificantes y divertidas. Una vez a la semana se podía uno divertir en el campo de fútbol jugando a los papalotes, a las carreras, a las escondidillas, a los trompos, etcétera. Esto era obligado, pero aquí, como era de esperarse, nadie se quejaba.

La educación era, en el estricto sentido, obligada, y por tanto los niños debían saber prácticamente lo que se les enseñaba. “Aprender es lo primero”, éste era el lema. En las cuestiones cívicas, cada día, antes de entrar a clases en la mañana, se hacía honores a la bandera de Guatemala y a la de México; se entonaban los dos himnos mientras las banderas se alzaban en el asta.

Esta etapa de mi vida fue quizá la más hermosa, ya que mi comunidad estaba muy unida. Se enfrentaron muchos problemas relativos a la legalidad del territorio y el rechazo por parte de las localidades vecinas. Desgraciadamente, mientras La Gloria crecía y se desarrollaba, la unidad que le caracterizaba se iba desvaneciendo por una razón muy marcada: la influencia de partidos políticos.

Estaba ya en tercer grado de primaria cuando se escuchaban rumores de que llegarían maestros federales a enseñarnos, y que los promotores de educación dejarían de trabajar para la comunidad. Se prometía una mejora en la educación, pero, ¡ay de mi comuni-

dad, el ocaso educativo estaba a punto de llegar! Los rumores no tardaron en convertirse en realidad, esperaron a que terminara el ciclo escolar ya comenzado, y en cuarto año ya tenía maestros federales. Debo admitir que el cambio era muy esperado, ya que se había divulgado que habría una mejora muy marcada, y se confiaba mucho en ello pues los maestros nuevos tendrían preparación y educación superior.

La decepción no tardó en manifestarse entre los padres de familia, los maestros no daban clases, empezaron a pervertir a algunos niños (se vio un caso de un maestro enseñando pornografía a niños), la educación que regía la forma de vida de los niños se fue socavando poco a poco. No debe pensarse, sin embargo, que todos esos maestros tenían el mismo proceder, tuve un maestro, en quinto grado, que conservaba cierta costumbre de mis maestros de la comunidad. Este profesor criticó mucho la tendencia de la educación en La Gloria, nos inculcó algunos valores, me enseñó que había “allá afuera” todo un universo que explorar.

En sexto grado no experimenté un progreso sustancial en cuanto a las enseñanzas. Creo que logré salir exitosamente de la primaria gracias a la inercia que me habían impulsado los maestros de mi propia comunidad y no por lo que me enseñaron los maestros federales.

Con el paso de los años se ha visto una marcada diferencia entre la enseñanza que ahora se está llevando a cabo y lo que se solía hacer en los tiempos de los promotores de educación. Hoy en día es común encontrar a alumnos de tercero, cuarto, e incluso hasta de quinto grado que no saben leer ni siquiera efectuar operaciones aritméticas básicas. Cabe mencionar que la escuela primaria de La Gloria es una escuela bilingüe, sin embargo, hoy en día no funciona como tal. Una escuela bilingüe se considera así cuando tanto alumno como maestro se comunican mediante lenguas iguales. En La Gloria hay maestros indígenas pero de otras lenguas, y por tanto, la única manera de comunicarse con los niños es por medio del español. Y como en algunas partes de la república, hay muchos que

son maestros por las circunstancias y no por convicción; en La Gloria se puede apreciar por la apatía de muchos maestros a tomar en serio la cuestión de la enseñanza. Y más allá de cualquier deficiencia en las capacidades intelectuales de los niños, el verdadero problema que se enfrenta en la escuela primaria de La Gloria hoy en día es la enseñanza de la lengua española. La mayoría de los niños no sabe hablar el español.

Cuando salí de la primaria, la escuela telesecundaria era reciente. Fui la tercera generación en este nivel educativo en La Gloria. A diferencia de los maestros de primaria, los de la secundaria estaban más comprometidos con su tarea de enseñar. Particularmente, a mí me tocaron maestros respetables de los que no podría negar ningún crédito. La secundaria fue un reto para mí, especialmente el segundo grado. Ahí descubrí que existieron guerras mundiales, revoluciones, que las matemáticas no eran aburridas sino interesantes, que la física explica las leyes que rigen a la naturaleza, que existe una teoría de la evolución, educación media superior y educación superior, y una escuela donde se podía estudiar en forma gratuita y con muchos beneficios, me enteré de Chapingo. Fue todo nuevo e interesante.

Aunque durante los tres años de la secundaria tomaba clases en salones de madera y techo de lámina, fue también una etapa muy florida. Mi llegada a la Universidad Autónoma Chapingo (UACH), donde hice la preparatoria, fue verdaderamente algo que nunca me imaginé. Era la única posibilidad de continuar con mis estudios. Fue también cuando me enfrenté por primera vez con una estupidez de muchos seres humanos: la discriminación.

Ciertamente en Chapingo llegan alumnos hijos de campesinos e indígenas, pero también hay un número muy grande de gente que viene de ciudades. Debo confesar que cuando llegué a Chapingo tenía muchas deficiencias en cuanto a hablar el español, me di cuenta que lo poco que hablaba no era suficiente para comunicarme de una mejor manera. En los primeros días de mi estancia en esa universidad, algunos de mis compañeros se burlaban de la forma

en que hablaba y de mi acento. Con su forma de proceder para conmigo, muchos manifestaban cierto disgusto en mi presencia, lo cual fue un tanto molesto, nunca me imaginé que por ser indígena sería desprestigiado.

En mi pensamiento se desarrolló un odio hacia esas personas. Me propuse demostrarles que yo era superior a ellos en las cuestiones intelectuales. Por este odio me enfraqué en estudiar mucho, estudiar de todo. Era el odio lo que me impulsaba a superarme, era ese rencor lo que me mantenía por sobre todos. Fue impresionante ver que ya en el primer año era el mejor de mi grupo. Fue satisfactorio porque el plan era aplastarlos académicamente. Este sentimiento ocupó mi mente durante toda mi estadía en la preparatoria de Chapingo.

En ese tiempo empecé a interesarme por leer y conocer a los grandes escritores de la humanidad, y particularmente a Allan Poe. Así, poco a poco iba llenando mi “caja de herramientas”, y un día, por mi profesor de literatura, me enteré del Popol Vuh. Mi profesor me preguntó, por pertenecer a un grupo indígena maya, si conocía el libro sagrado de los mayas. Como tal, no conocía dicho libro. Leí con mucho interés el Popol Vuh y me di cuenta que gran parte de su contenido eran historias con las cuales estaba familiarizado. Desde niño mis padres me contaban, a manera de cuento, los pasajes del Popol Vuh. Este hecho logró engrandecer el orgullo que siento por pertenecer a los descendientes de los grandes mayas. Hoy en día, cualquier intento de discriminación hacia mi persona lo considero como ignorancia e inferioridad intelectual. El conocimiento me ha permitido apreciar lo más valioso que poseo: mis raíces.

Debo señalar que los contenidos de las materias que cursaba en la preparatoria no incluían conocimiento alguno de los grupos indígenas, y creo que no es necesario. Las cuestiones culturales son una fortaleza personal donde uno aprecia su riqueza. Cualquiera que persiga conocer sobre mis raíces es libre de hacerlo y es bienvenido.

He notado que la mayoría de los estudiantes indígenas que llegan a Chapingo son muy hábiles con el pensamiento lógico, sin em-

bargo, es muy deficiente su forma de comunicación, lo cual se debe seguramente a su educación básica. Conocí a algunos compañeros indígenas que llegaron conmigo a Chapingo, pero por el hecho de estar fuera de su comunidad, no estar familiarizado con una vida en la ciudad, y por razones de discriminación, se dan de baja y dejan la escuela. Yo estaba muy consciente de este problema, pero también de que era mi única oportunidad de estudiar, por lo que tuve que enfrentar esas adversidades.

Fue durante la preparatoria cuando se desarrolló en mí un profundo interés por la ingeniería, por lo que al graduarme decidí estudiar la carrera de Ingeniería Mecánica Agrícola. Fue muy grande e impresionante el cambio que noté en esta etapa de estudios. En ninguna ocasión me enfrenté a algún caso de discriminación directa. Fue entonces cuando dejé de preocuparme por esa baja. El odio que antes me impulsaba al estudio se convirtió verdaderamente en amor al estudio, amor por conocer.

Ahora que recuerdo estos pasajes de mi vida me parece algo cómico el hecho de haber sido uno de los mejores de la preparatoria de Chapingo y ser impulsado por odio hacia los que solían discriminarme, hacia la sociedad.

En la generación de secundaria en la comunidad de La Gloria que egresó después de mi partida, también hay otros que han mostrado interés por estudiar en Chapingo la preparatoria, incluso llegaron a entrar cinco más después de mí, de los cuales han sido dados de bajos. Actualmente muy pocos deciden presentar el examen de admisión a Chapingo porque hace poco tiempo llegó una escuela de nivel preparatoria a la comunidad. Por facilidad entran mejor a esta preparatoria, aunque por lo visto tiene muchas deficiencias de enseñanza igual que en la primaria y en la secundaria.

El más grande reto de un estudiante indígena en la UACH es adaptarse al sistema de enseñanza, el cual tiene un nivel más elevado que cualquier preparatoria rural. Se estudia bajo la presión de que se debe tener una calificación mínima de 6.6, no se puede reprobar tres materias en un semestre, se cuenta solo son siete ex-

traordinarios durante los siete años. Sin embargo, los beneficios que ofrece esta universidad son más grandes. En Chapingo se da por hecho que todos tienen el mismo nivel de conocimientos, esto tal vez puede ser desventajoso para quienes provenimos de comunidades rurales e indígenas; es precisamente en este punto donde el estudiante indígena tendrá que esforzarse para superar estos retos.

Las políticas de Chapingo de ninguna manera promueven la discriminación ni la exclusión, al contrario, tiene estrechos lazos de relación con comunidades rurales y todo el sector agropecuario. Es esta característica de la universidad la que permite mantener cerca ese calor de la cultura rural, particularmente los viajes de estudio que se emprenden cada año hacia comunidades de todos los estados de la república.

Al estudiar la carrera en Chapingo pude desarrollar habilidades de pensamiento que no conocía, me ayudó a ser crítico e involucrarme de manera pasiva en cuestiones sociales, y permitió desarrollarme en el ámbito cultural como la música. Y como alguien que ha roto el cascarón y desea explorar nuevos campos, con mi interés por conocer y superarme me llamó profundamente la atención estudiar un posgrado en una institución de prestigio en el ramo ingenieril: el Instituto Politécnico Nacional (IPN). Esta institución es muy abierta a recibir personas de diferente formación, y como estudiante indígena tuve más facilidades aún. En nivel posgrado me he dado cuenta que la gente está preparada, es muy respetuosa, se puede decir que es gente muy selecta, al menos en el Politécnico. He conocido personas que se llegan a sentir incluso orgullosas de tener un compañero indígena, y eso es muy reconfortable y hace muy grato estudiar la maestría.

La manera en que un individuo se tome y enfrente los problemas con los que se tope, dependen básicamente de su forma de pensamiento, ideales e idiosincrasia. Ser indígena y estudiar en un nivel superior no debe ser visto como algo sorprendente sino como algo natural. La valorización de las culturas indígenas debe ser de tal forma que se eleve a la altura de lo que es; debe promoverse la

consciencia de la riqueza cultural y valorar la herencia intelectual y ver el racismo como un invento de seres incapaces.

Me da mucha tristeza ver que actualmente mi comunidad natal está cada vez más sumergida en un mar de indiferencia, apatía e ignorancia. Me desilusiona ver cómo los partidos políticos manipulan y contaminan con su asqueroso proceder a la gente de mi pueblo. Me indigna que la gente se trate como a ovejas sin criterio. Es también preocupante que muchos maestros no prestan mayor interés ni ofrecen su mayor esfuerzo por enseñar bien a los niños indígenas. Debe haber alguna metodología que logre que los niños aprendan y se interesen por el saber, y la tarea de los maestros es descubrir esa metodología. La educación necesariamente tiene que ser la llave para el desarrollo de los individuos de una sociedad, por tanto debe ser también una prioridad.

No hay duda que en estos tiempos, y en este país, se ha vuelto una tarea necesaria y fundamental despertar a mentes que aún duermen.